


ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

ESTAFETA DE AMOR.



Se vende en Madrid en la libreria de *Cuesta*, calle de Carretas.




COMISIONADOS DE ESTA ADMINISTRACION.

Adra.	F. A. Robles.
Aguilar de la Frontera	R. Paniagua.
Albacete.	R. S. Perez
Alberique.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcira.	J. Alfonso y Cuevas.
Alcoy.	Paya é hijos.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	A. Lloret.
Almaden.	M. E. Godoy.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almeria.	L. Iribarne.
Almodovar del Campo.	J. Ruiz y Fernandez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. M. Casaus.
Aranda de Duero.	J. Perdiguero.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Arenys de Mar.	D. Prieto.
Avila.	N. P. Rocandio.
Avilés.	V. Sanchez del Rio.
Badajoz.	F. Coronado.
Baena.	F. Fernandez.
Baeza.	C. Treviño.
Bailen.	J. M. Sellés.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra.
Baza.	J. Calderon.
Bejar.	M. Illan.
Benavente.	P. Fidalgo Blanco.
Berja.	L. Iribarne.
Bermeo.	T. Astuy.
Bilbao.	F. Fernandez.
Borja.	M. Arbiol.
Búrgos.	T. Arnaiz.
Cabra.	J. R. Yañez.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	E. Mendiola.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	M. Savoie.
Carranza.	T. Astuy.
Caravaca.	P. Muñoz.
Carcagente.	J. Alfonso y Cuevas.
Carmona.	J. R. Dominguez.
Cartagena.	J. Pedreño.
Carrion de los Condes.	P. Montoya.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	T. Astuy.
Ceuta.	J. Molina é Ibañez.
Chiclana.	L. Cañizares.
Ciudad-Real	Viuda de Gallego.
Ciudad-Rodrigo	P. Tejeda.
Córdoba.	M. Muñoz y Blasco.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	P. Mariana.
Cullera.	R. Martinez.
Daimiel.	R. G. Camarena.
Ecija.	J. Giuli.
Estella.	Silverio Josué.
Estepa.	R. Cornejo.
Elorrio.	T. Astuy.
Ferrol.	J. Lago
Figueras.	J. Bosch.
Filipinas.	A. Olona.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida.
Guadalajara.	F. Sanchez.
Guernica.	T. Astuy.
Habana.	Charlain y Fernandez.
Haro.	P. Quintana.
Hellin.	J. M. Paredes.
Huelva.	J. de Osorno é hijo.
Huesca.	M. Guillen.
Irun.	P. Galindo.
Jaen.	R. Hidalgo.
Játiva.	J. Perez.
Jerez.	F. Alvarez y Aranda.
Jodar.	I. Coma y Prados.
Leon.	M. Gonzalez Redondo.
Lerida.	J. Portarrin.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Loja.	V. Cerezo.
Lorca.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Llerena.	B. Guerrero.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela.
Manresa.	P. Comelias.
Manzanares.	V. Moraleda.
Marchena.	J. N. Dominguez.
Martos.	R. Sibauto.
Mataró.	N. Clavell.
Medina del Campo.	J. Carrascoso.
Medina Sidonia.	J. de Nicolau
Mérida.	M. de Bartolomé Diaz.
Mondoñedo.	F. Delgado.
Monovar.	R. Berenguer.
Mula.	M. de Toro.
Montilla.	J. Rodriguez Perez.
Montoro.	J. G. de las Casas.
Motril.	A. Ballesteros.
Mundaca.	T. Astuy.
Murcia.	T. Guerra.
Nájera.	M. Fernandez.
Ocaña.	V. Calvillo.
Olivenza.	M. Campos.
Orduña.	T. Astuy.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	A. Aguiar.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	B. Longoria.
Palencia.	G. Camazon.
Palma de Mallorca.	E. Pascual y J. Gelaber.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Peñaranda.	N. Hernandez Pizarro.
Pontevedra.	M. Verea y Vila.
Portugalete.	T. Astuy.
Priego (Cordoba).	M. P. Moreno.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto Real.	J. de la Cámara.
Puerto-Rico (Mayagüez).	J. Mestre.
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. B. Vidal.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ripoll.	L. Garcia.
Rivadeo.	F. Fernandez de Torres
Ronda.	R. Gutierrez.
Sabadell.	B. Pedemonte.
Salamanca.	T. Oliva.
Sallent.	D. Malagarriga.
San Feliú de Guixols.	P. Caymó.
San Fernando.	A. Tellez de Meneses.
San Ildefonso.	R. J. Serna.
Sanlúcar.	J. M. Villar.
San Roque.	J. Acebedo.
San Sebastian.	I. R. Baroja.
S. Lorenzo.	S. Herrero.
Santander.	P. Basañez.
Santiago.	B. Escribano.
Santo Domingo de la Calzada.	J. Cirugeda.
Segovia.	J. Sancho Pulido.
Sevilla.	F. Alvarez.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarifa.	J. Moriano Piñero.
Tarragona.	M. Sol.
Tarrasa.	F. Chach.

ESTAFETA DE AMOR.

ESTAFETA DE AMOR,

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR DON JOSÉ MARIA NOGUÉS.

MÚSICA DE

D. IGNACIO AGUSTIN CAMPO.

Representada por primera vez en el teatro del Circo lírico-dramático en el mes de Enero de 1862.



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

PERSONAS.	ACTORES.
CASILDA GOMEZ	Doña T. Ramos.
BRÍGIDA	Doña D. Custodio.
D. CÁNDIDO MENDOZA	D. E. Fernandez.
D. GONZALO GONZALEZ Y GOMEZ.	D. C. Soriano.

La accion en Sevilla, en los primeros años del reinado de Felipe II.

AL SR. D. FRANCISCO JAVIER CARO Y CÁRDENAS,

Dedica esta obra, como muestra de aprecio, consideracion y reconocimiento,

EL AUTOR DEL ARREGLO.

ACTO ÚNICO.

Salon pequeño.—Al fondo estantes con botes de aceite, esencias y demas objetos de perfumeria; una mesa con recado de escribir, y algunos sillones.—Puerta al fondo y dos laterales: encima de la de la derecha (actor) habrá una claraboya ó tragaluz.

ESCENA PRIMERA.

BRÍGIDA, y despues CÁNDIDO, por la puerta de la derecha.

BRIGIDA. Son las nueve, y todavia no ha bajado al almacen mi señora. Estoy segura, que pasa el tiempo en leer de nuevo las cartas de don Cándido Mendoza, de ese jóven que ocupá desde hace un mes la habitacion amueblada, que ella misma hizo poner en alquiler. Se me figura, que el tal petimetre absorbe toda su atencion, y yo, francamente, no le encuentro mérito para tanto.

CANDIDO. Buenos dias, Brígida.

BRIGIDA. Buenos dias, don Cándido: precisamente hablaba de vos.

CANDIDO. ¿Hablabais de mí?...

BRIGIDA. Conmigo misma, y sin ninguna reserva.

CANDIDO. Vamos á ver: ¿y qué os deciais?

BRIGIDA. Me decia: Brígida, ¿no te admira que doña Casilda Gomez, la mas bella perfumista de Sevilla... de España...

CANDIDO. ¡De todo el mundo!...

BRIGIDA. De todo el mundo... precisamente... que doña Casilda Gomez, que es cortejada por los mas ricos y encopetados caballeros... dé oido... á quién?...

CANDIDO. Á mí: á Cándido Mendoza, hijo segundo de mi señor padre, á quien no le dió la humorada de que yo hubiera sido el primogénito.

BRIGIDA. Justo: á vos... que segun dicen algunos, careceis del atractivo de una fortuna mediana.

CANDIDO. Ni mediana, ni grande, ni pequeña.

BRIGIDA. ¿Luego no teneis nada?...

CANDIDO. Poco á poco, en cuanto á eso...

BRIGIDA. Si al menos fueseis un buen mozo.

CANDIDO. ¿Eh?... (Mirándola con severidad.)

BRIGIDA. No, no... he querido decir, si no fueseis tan encogido...

CANDIDO. ¿Eh?...

BRIGIDA. Si tuvieseis mas ánimo... si fueseis mas intrépido...

CANDIDO. Intrepidez no me falta.

BRIGIDA. Pero no teneis la suficiente... y si estais dotado, como supongo, de sentido comun, comprondereis, que sin todos estos indispensables requisitos, parece imposible que una mujer pueda fijarse en vos.

CANDIDO. ¡Señora Brígida!...

BRIGIDA. Nada, probadme que no sois encogido.

CANDIDO. ¿Que no soy encogido?... (Tomando una actitud pedantesca, y golpeando el suelo con el pie.)

BRIGIDA. (Insistiendo.) Que teneis ánimo.

CANDIDO. (Id.) ¿Ánimo?...

BRIGIDA. É intrepidez...

CANDIDO. ¿Conque deseais que os pruebe?...

BRIGIDA. Si, señor.

CANDIDO. No tengo inconveniente.

BRIGIDA. Pues manos á la obra. (Muy contenta.)

MUSICA.

¿De qué modo, caballero,
á una dama de copete
tomaria de la mano?

CANDIDO. ¿De qué modo?

RRIGIDA. Si, señor:
quiero ver como se porta;

soy perita en la materia.

CANDIDO. Si con ella me encontrase,
cual me encuentro ahora con vos...

—

Por mirarla—empezaria,
afectando—una sonrisa;
porque el caso—lo requiere,
y es forzoso—sonreir.
En seguida,—con soltura,
á su lado—llegaria,
y por fin—la tomaria
asi...

BRIGIDA. ¿Asi?...

CANDIDO. ¡Asi, asi!...

BRIGIDA. (Ap.) Por mirarme—empezaria,
afectando—una sonrisa;
porque el caso—lo requiere,
y es forzoso—sonreir.
En seguida,—con soltura,
á mi lado—llegaria,
y por fin—la tomaria
asi, asi, asi, asi!

—

¿Y despues?

CANDIDO. ¿Despues?

BRIGIDA. ¿Despues?
¿de qué modo besaria
esta mano? ¿Á ver?

CANDIDO. (Besándola.) Asi.

BRIGIDA. (Con gazmoñeria.)
Quieto, quieto, caballero!
no me gusta que...
(Cambiando de tono.) ¿Y despues?

CANDIDO. ¿Despues? ¿Cómo?

BRIGIDA. ¡Despues, si!
¿De qué modo para un baile
por el talle cogeria
á esta dama? ¿Á ver?

CANDIDO. Asi.

(Le pasa el brazo por encima del talle, como si fueran á bailar.)

BRIGIDA. (Como antes.)
¡Quieto, quieto! ¡Caballero!

No me gusta que... ¿Y despues?

CANDIDO. Y despues... señora mia,
se acabaron los despues.

—

(Digo, la vieja
cuál se encandila!
Aunque gazmoña,
finge desden,
dándole cuerda,
no sé hasta donde
proseguiria
con sus *despues*.

BRIGIDA. (¡Jesus! qué jóven
tan apagado!...
¡Qué desabrido!
qué insulso es!,..
Cómo las razas
¡ay! degeneran!...
Nieve por sangre
debe tener!...

HABLADO.

BRIGIDA. ¡Nada! ¡nada! Me afirmo ahora mas en lo que he dicho: no conseguireis nada con todo eso, á no ser que yo fuese la dama, y entonces, si efectivamente empezais por mirarme, y os sonreiais, etcétera, etcétera, puede que trastornase un poco mi cabeza...

CANDIDO. Es que yo no deseo que se os trastorne.

BRIGIDA. Eso, aunque os empeñaseis, no podriais conseguirlo nunca!... ¡Estamos!... Pues no faltaba mas!... (Yéndose hácia el foro.) Voy á ver si la señora se ha levantado ya. (Váse por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

CÁNDIDO, siguiendo con la vista á BRIGIDA.

Aspiro á trastornar otras cabezas mas vestidas que la tuya, vieja retozona, y creo que lo conseguiré. Si contara conmigo, solamente, si no tuviera ayuda, no me atreveria á responder del éxito, pero tengo mi talisman; el

que me dió dos años antes de su muerte mi inolvidable tio, el galante don Juan Tenorio!... Sobrino, me dijo, yo me intereso muy particularmente por tí: la fortuna de tu familia te garantiza una vida independiente; quiero, sin embargo, proporcionarte medios, para que pases embelesado tus ratos de ocio. Quiero, que trastornes la cabeza á todas las mujeres, y, para esto, te dejo mis memorias. Las mujeres son las mismas en todo tiempo: consulta frecuentemente este manuscrito; haz lo mismo que yo he hecho, y te respòndo de la victoria. Efectivamente, asi me ha pasado ya en mas de una ocasion. Cuando una mujer resiste á mis miradas, pisss!... le disparo una carta, que copio de estas preciosas memorias, y el éxito mas halagüeño viene á coronar mi obra. La linda perfumista Casilda Gomez, es la primera, que me ha hecho cavilar un poco. Ya he llegado á la carta número cuatro, y todavia... ¡nada! lo cual me tiene inquieto. Mi tio, debió triunfar siempre antes de llegar al número seis, pues no escribió mas, que hasta la que hace el número cinco, y cuando se veia en el caso de entregarla, tenia la costumbre de decir al mismo tiempo trágicamente: «¡Señora, mi suerte se decide!» y la bella se ablandaba. Si llegaré al número cinco, y me quedaré con un palmo de narices?... Y el caso es, que no hay mas modelos, y yo, que me conozco, soy franco, no sé, cómo me habia de arreglar en estos negocios. ¡Bah! ¡bah! ¡El número cinco es infalible!... ¡Yo triunfaré!...

MUSICA.

(Teniendo las memorias en una mano.)

¡Precioso manuscrito!
¡Tesoro inestimable!
filon inagotable
de máximas de amor!...
Por tí, lo puedo todo,
y adquiere cada dia,
por tí mayor valia
mi génio emprendedor!...
No hay casada

recatada;
ni soltera
casadera,
que al mirarla,
ó al hablarla
solamente
yo una vez,
si al contesto
de este testo
yo me avengo,
yo me atengo,
conmóvida,
y aturdida
no deponga
su altivez!...

—

No existe oro
que el gran tesoro
que aqui se encierra
pueda pagar.
¡Quién me resiste,
dando un embiste
con un remedio
tan eficaz!...

HABLADO.

Pues señor, guardémonos estos rarísimos y preciosos apuntes. (Se los guarda.) Y á mi vez, digo, manos á la obra. ¡Eh!... Siento unas leves pisadas... ¡Sin duda es ella!

ESCENA III.

D. CÁNDIDO, y CASILDA, por la pnerta de la izquierda.

CASILDA. Buenos dias, don Cándido.
CANDIDO. Buenos dias, adorable Casilda.
CASILDA. Brigida me ha dicho, que me esperabais, y por venir á saludaros, he interrumpido una lectura muy interesante.

CANDIDO. ¿Una... lectura?...

CASILDA. ¿No adivinais?... Cuatro cartas, que desde un mes á esta parte llevo recibidas.

CANDIDO. ¿Desde un mes á esta parte?... Con esta frase me basta. Ya he comprendido.

CASILDA. No era muy difícil.

CANDIDO. ¿Son las mias?... ¿No es esto?... Confesad que son las mias.

CASILDA. Creo que lo he dado á entender...

CANDIDO. ¡Dichoso, feliz Cándido!... (¡Ah, no hay duda que ya me idolatra!... Con el número cinco redondeo el negocio.) (Queda un momento pensativo.)

CASILDA. ¿En qué estais pensando?...

CANDIDO. ¿En qué?... ¿Decis, que en qué estoy pensando?... (¿Qué le digo?... (Saca el manuscrito del bolsillo.) ¡Una idea!... Voy á probar si consigo el triunfo sin ayuda de mi tio; esto me seria mucho mas lisongero. Está dicho. Guardemos el número cinco.) (Guarda el manuscrito.) ¡Casilda! ¡Maravillosa, hechicera Casilda!...

CASILDA. ¿Qué es eso?... (Acercándose un poco á él.) ¿Qué os pasa?...

CANDIDO. (Vivamente.) (Yo quisiera encontrar una cosa bonita que decirle, y que fuese original...) ¡Adorable Casilda!... ¡Adorable Casilda!... (Creo que llegó el momento.) ¡Inimitable Casilda!...

CASILDA. ¿Qué es eso?... ¿Os poneis malo?...

CANDIDO. ¡Oh! ¡no, no! Lo que yo tengo es... (Se queda contemplándola un momento. Casilda lo mira sorprendida.) Nada, no ha llegado todavia.

CASILDA. ¡Já, já, já!... ¡Qué singular figura!...

CANDIDO. Vos creeis que... (Veo que es preciso sacar el número cinco.) (Saca los papeles.)

CASILDA. ¡Já, já, já!... (Riendo.)

CANDIDO. ¿Puedo saber lo que causa vuestra hilaridad?

CASILDA. Os lo diré francamente.

CANDIDO. Ya escucho.

CASILDA. Vos teneis ingenio...

CANDIDO. ¡Oh, si!...

CASILDA. Mucho ingenio...

CANDIDO. ¡Si, si!... (¡Empieza por elogiarme!... Pues creo que no tengo necesidad.) (Guarda los papeles.)

CASILDA. Muchísimo ingenio... (Acabando la frase.) cuando escribis.

CANDIDO. (La mira un poco sorprendido.) ¡Ah! ¿Conque cuando escribo?...

CASILDA. ¡Pero cuando hablais, se advierte una diferencia!...

CANDIDO. ¿Conque una diferencia?... (Creciendo su sorpresa.)

CASILDA. ¡Notabilísima!

CANDIDO. ¡Notabilísima!... (Id. id.) Pues señor, vuelta al número cinco. (Saca los papeles.)

CASILDA. Algunas veces, cuando leo vuestras cartas, llego hasta el punto de conmoverme... (Cándido empieza á guardar los papeles.)

CANDIDO. (Un poco animado.) ¿Sí, eh?...

CASILDA. Pero cuando os escucho, por mas esfuerzos que hago, no puedo contener la risa.

CANDIDO. (Todo lo comprendo ahora. (Saca los papeles vivamente.) No me queda mas recurso que el número cinco.) Eso consiste, Casilda, en que la emocion del amor me convierte casi en un... cuadrúpedo... Si, señora, lo confieso... pero en cambio, cuando os escribo... ¡ah! ¡cuando os escribo!...

CASILDA. Y bien.

CANDIDO. Cuando os escribo... soy otro hombre... me metamorfoseo... y entonces...

CASILDA. ¿Entonces?...

CANDIDO. Entonces... ved lo que yo siento. (Despues de un momento, durante el cual titubea.) Leed... (Saca una carta de entre el manuscrito.) y mi suerte se decide!... (Le aprieta la mano y se retira; despues vuelve á juntarse á ella.) Es la última, Casilda... y mi suerte se decide!... (Se retira.)

CASILDA. ¿La última?...

CANDIDO. ¡La última!... (Con entonacion grave y sentimental.)

CASILDA. ¿Por qué?...

CANDIDO. Ya no escribiré otra... porque mi suerte se decide!... (Se vá por el foro.)

ESCENA IV.

CASILDA, y á su tiempo BRIGIDA.

¡Con qué tono y con qué voz ha pronunciado las últimas palabras!... «¡Ya no escribiré otra, porque mi suerte se decide!» ¡Me dá qué pensar!... (Queda un mo-

mento pensativa. Despues exclama como asaltada por una idea

MUSICA.

¡Gran Dios! no cabe duda,
que algun fatal proyecto,
al ver mi indiferencia,
pretende realizar.
Su acento conmovido,
su gesto, su mirada,
le dan á mi sospecha
carácter de verdad.
Inquieta el alma mia,
presagia una desgracia,
que turba mi reposo,
que aumenta mi pesar.
Mas yo evitarla debo,
y al ver como me adora,
el premio á su constancia
mi amor, al fin, será.

—

HABLADO.

BRIGIDA. ¿Se ha marchado? (Sale por la puerta de la izquierda.)

CASILDA. Si, y estoy arrepentida de haberme reido de él de la manera que lo he hecho, pues con una imaginacion como la suya, es capaz de todo.

BRIGIDA. Pues yo no le creo capaz de nada.

CASILDA. Es que tú no sabes cuál seria mi disgusto, si le aconteciese alguna desgracia... Pero no... él espera que yo conteste á su carta, y aun puedo remediarlo todo.

BRIGIDA. ¿Eso es decir que le amais realmente?...

CASILDA. Empiezo á creer que si.

BRIGIDA. ¿Lo bastante para casaros?...

CASILDA. Quizás.

BRIGIDA. Vamos, yo no comprendo ese amor.

CASILDA. Es que tú no has leido sus cartas; es que tú ignoras qué encanto, qué amorosa embriaguez encierran todas y cada una de las que ha hecho llegar hasta mí.

BRIGIDA. Ya sé yo por experiencia el valor que tienen ciertas

cartas y los vértigos que suelen producir.

CASILDA. ¡Oh! Pero las suyas... ¡Si tú supieras como él me escribe!... ¡Cómo me ama!...

BRIGIDA. Yo tambien las he recibido allá en mis buenos tiempos de cierto perverso mancebo, que las sabia escribir mejor que nadie. ¡Las incautas jovencitas, las mujeres de experiencia... todas, todas sucumbian á la magia de su estilo! y yo... yo...

CASILDA. ¿Y tú... qué?...

BRIGIDA. Qué quereis, señora, la mujer no es perfecta...

CASILDA. ¿Y quién era ese seductor?...

BRIGIDA. No se pudo saber nunca. Todas sus víctimas lo conocian bajo diferentes nombres. Unas, le llamaban don Lope, otras, don Mendo, y yo, el amable Policarpo.

CASILDA. ¿Policarpo?...

BRIGIDA. Yo no me llamaba Brígida como ahora... entonces me llamaba Dorotea.

CASILDA. ¿Dorotea?

ESCENA V.

DICHAS, D. GONZALO.

GONZALO. (Por el foro izquierda.) La señora doña Casilda Gomez, ¿me permite?...

BRIGIDA. ¿Para qué la necesitais?

GONZALO. ¡Cómo! ¿Sois vos? ¡Ah! ¡cuánto lo siento!...

CASILDA. No, caballeró, no es ella.

GONZALO. ¡Cómo! ¿Sois vos? ¡Ah! ¡Cuánto me alegro!...

BRIGIDA. (¡Qué chusco es este jóven!)

CASILDA. Yo soy.

GONZALO. Buenos dias, doña Casilda Gomez. (La abraza.)

BRIGIDA. (Con extrañeza.) ¡Cómo!

CASILDA. (Con dignidad.) ¡Caballero!...

GONZALO. ¡Ah! ¡Perdonadme! (Se quita el sombrero.) ¿Teneis á bien permitirme que os dé un abrazo?...

CASILDA. Me parece que ya me habeis abrazado una vez, y...

GONZALO. Es que yo no tengo inconveniente en abrazaros dos veces... (Vuelve á abrazarla.)

BRIGIDA. (¡Qué chusco es este jóven!)

CASILDA. (Con marcada dignidad.) ¡Caballero! ¿con qué derecho?... ¿Quién sois vos?...

GONZALO. ¿Yo? Yo soy vuestro primo, prima mia.
CASILDA. ¿Mi primo?... ¿Cuál?
GONZALO. Gonzalo Gonzalez.
CASILDA. ¿Gonzalo Gonzalez?
GONZALO. Justo: hay Gonzalo padre, y Gonzalo hijo; pero yo no soy el padre, soy el hijo. Gonzalo Gonzalez.
CASILDA. ¿Y Gomez?
GONZALO. El mismo. Ya que me habeis reconocido, me permitireis, primita, que os dé un abrazo.
CASILDA. Es que ya os lo habeis permitido dos veces.
GONZALO. Es que yo no tengo inconveniente en hacerlo la *tercera*. (Vuelve á abrazarla.)
CASILDA. Acabad de una vez.
BRIGIDA. (¡Este galan es muy chusco!)
CASILDA. Y qué venis á hacer en Sevilla...
GONZALO. Vengo á casarme con mi prima Casilda.
CASILDA. ¿Conmigo? Yo no he manifestado deseos de llegar á ser vuestra esposa.
GONZALO. Lo sé... lo sé... soy yo el que he hecho intencion de llegar á ser vuestro esposo.
BRIGIDA. (Anda, anda: lo que al otro le falta á este le sobra.)
CASILDA. Dispensadme, primo, pero para que vos llegaseis á ser mi esposo, era preciso, que desde luego, yo os amase.
GONZALO. Ciertamente. Tambien he venido para hacerme amar de vos.
CASILDA. ¿Para haceros amar?...
GONZALO. ¡Oh! ¡Si... si!...
CASILDA. Pero, y si la plaza estuviese ya tomada, si yo amase á otro?...
GONZALO. Yo haré que me ameis mas.
CASILDA. ¿Mas?...
GONZALO. Mas.
BRIGIDA. (Él allana todas las dificultades.)
CASILDA. ¡Pero si el que me galantea es tan amable!...
GONZALO. Yo lo seré mas.
CASILDA. ¡Tan espiritual!... (Con un poco de ironia, Brigida la mira.)
GONZALO. Yo lo seré mas todavia.
BRIGIDA. ¿Segun eso, teneis mucho espíritu?...
GONZALO. ¡Oh! ¡Mucho! ¡Mucho! Lo he heredado de mi padre. Él fue, durante quince años, secretario de un gran personaje, tan espiritual como pródigo, y como mi padre, ademas de que lo entendia, era un hombre sumamente

arreglado y metódico, no hizo mala cosecha, ni de su espiritualismo, ni de su dinero, y yo he venido á heredarlo todo.

CASILDA. ¿Todo?

GONZALO. Todo.

CASILDA. Y bien, primo, yo debo hablaros formalmente, y asi lo hago diciéndoos, que amo á otro.

GONZALO. Bueno.

CASILDA. Que se ha conquistado mi cariño... por su delicadeza... por su tacto...

GONZALO. Bueno.

CASILDA. Por el estilo delicadisimo, y el natural encanto de sus cartas.

GONZALO. ¡Perfectamente!

CASILDA. Asi es que para que otra persona pudiera lisonjearse con la esperanza de agradarme, era preciso, que desde luego empezara por borrar la impresion profunda, que aquellas han producido en mi corazon.

GONZALO. Yo la borraré, prima mia.

BRIGIDA. ¡Esto mas!

CASILDA. ¿Y cómo?

GONZALO. Escribiéndoos otras, que os han de impresionar mas vivamente.

CASILDA. ¿Estais bien seguro del encanto irresistible de vuestros escritos?...

GONZALO. ¡Oh! si, bella primita.

CASILDA. (¡Es creible!... (¿Y cuándo comenzamos la prueba? (En tono de burla.)

GONZALO. Al punto que vos querais.

CASILDA. Pues bien: en seguida. (Riendo.) Ahí teneis todo lo necesario para dar principio á vuestra tarea. (Señalando la mesa.) Voy á buscar las cartas que he de comparar con las vuestras.

BRIGIDA. ¡Bah! Ni las unas ni las otras, deben valer nada al lado de las que me escribia el amable Policarpo.

CASILDA. ¿Qué dices?

BRIGIDA. ¡Que á mí tambien me han entrado ganas de comparar con las que conservo del amable!...

CASILDA. Bien, bien; pero ahora, dejémoslo solo. Buena inspiracion, primo.

GONZALO. Gracias, prima; pero estoy tranquilo. (Casilda y Brígida se retiran riendo disimuladamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

GONZALO.

Ciertamente que lo estoy. Gonzalo, me dijo un dia m padre: he escrito las memorias del hombre mas mimado de las bellas que ha conocido España, las cuales me han sido dictadas por él. Secretamente he podido sacar una copia: yo te la dejo; (Sacando un manuscrito del bolsillo.) y desde entonces no se ha separado un punto de mi bolsillo: héla aqui. Contiene los mas bellos ardides amorosos, y las mas bellas cartas de don Juan Tenorio.—¿Á quién puedo yo temer con estas armas?...Veamos. (Hojea el manuscrito; despues lee.) «Primera entrevista con una dama de alta clase...»—Esto no es del caso.—«Con una hija del pueblo.»—Tampoco.—«Con una mercadera...» ¡Esto es!—«Despues de mi primera entrevista con Dorotea...»—Dorotea... ¡Qué nombre tan feo!—«Le mandé una alhaja por valor de mil ducados...»—¡Diablo! ¡Diablo!—«De mil ducados, que ella rehusó.»—Entonces no me tomo la molestia de mandárselos á Casilda... ¡bah!... no se los mando.—«Volví á su casa...»—Yo estoy en la de ella.—«La esperé en el almacen...»—Como ahora yo!... ¡Esta coincidencia es de buen agüero!.. —«Y cuando la volví á ver, me propuse alucinarla con mi conversacion alegre y animada, empleando algunas frases apasionadas...» — (Haciendo un gesto de disgusto.) ¡Hum! ¡hum!...—«Y de las cuales ella se rió.»—Entonces no vale la pena... ¡bah! pues no las empleo.—«Y por último, le escribí la carta amorosa que sigue:»—¿Que sigue?... Esto es lo que yo necesito. (Se pone á escribir, dictándose á sí propio lentamente.)—«Ángel mio, divinidad: os veo ahora por la vez primera, y no parece sino que hace mucho tiempo que os conozco; he empezado á amaros en seguida, y no parece sino que os he estado adorando siempre. Esta pasion no se extinguirá sino con mi existencia!...»—¡Con mi existencia!... ¡Qué magnífica frase!...—«Os escribo este billete dominado por la mas viva emocion; asi no extrañeis si mi mano tiembla al entregároslo.»—¡Ah! ¿conque es preciso temblar? no lo echaré en saco roto. (Se levanta, guarda la carta, y baja

al proscenio con el manuscrito en la mano.)

MUSICA.

Estas sábias prescripciones,
hijas son de la experiencia;
con teson y con prudencia,
la victoria alcanzaré.
No he encontrado ni una jóven,
bella ó fea, torpe ó lista,
que al fijarme en su conquista
no deponga su altivez.
Tantos problemas
raros de amor,
fueron resueltos
por el autor
en un momento
de inspiracion.
(Mostrando las memorias.)
Yo te saludo,
génio creador,
que estos renglones,
sin duda, son
de tu cacumen
la nata y flor!... [1]

ESCENA VII.

DICHO, CASILDA, despues BRÍGIDA.

HABLADO.

CASILDA. (Por la puerta de la izquierda) ¿Y bien?...
GONZALO. He concluido. (Guarda las memorias.)
CASILDA. ¿Ya?
GONZALO. Si.

1 Este canto puede suprimirse, y confiarse el papel de D. Gonzalo á un actor cómico.

CASILDA. Pues yo traigo este billete...

BRIGIDA. (Por la misma puerta, interrumpiendo á Casilda.) Y yo este; vamos á ver.

GONZALO. (Sacando el que ha escrito.) Tomad. (Me olvidaba de temblar.) (Vivamente, y tomando una actitud afectada.) Prima mia, os dignais aceptar... (Le ofrece el billete, marcando mucho el temblor de la mano.)

CASILDA. ¿Qué teneis?

GONZALO ¡Nada... es que... que mi mano tiembla!... ¡la emocion!...

CASILDA. ¿La emocion?

GONZALO. Si, la gran emocion...

CASILDA. Si os parece, yo leeré primeramente el mio, en seguida vos el vuestro, y despues compararemos.

GONZALO. Conforme: despues compararemos. (Abre su carta.)

BRIGIDA. Eso es, compararemos. (Abre la suya.)

CASILDA. (Leyendo) «Angel mio, divinidad.»

GONZ. y BRIG. (Leen á media voz y, casi al mismo tiempo que Casilda.) «Angel mio, divinidad...»

GONZALO. (Muy sorprendido.) ¿Eh?

BRIGIDA. ¡Esta empieza como esa! ¡Qué casualidad!...

CASILDA. (A Gonzalo.) ¿No os parece bien el principio?...

GONZALO. (Con algun embarazo.) Si... no digo que... pero, á ver, á ver, continuad.

CASILDA. ¿Que continúe?

BRIGIDA. Si, si, que yo estoy impaciente por saber...

CASILDA. (Brígida y Gonzalo leen al mismo tiempo que Casilda: la primera alto, los otros dos á media voz.) «Os veo ahora por la »vez primera, y no parece sino que os conozco hace mucho tiempo.» ¿Y bien?...

BRIGIDA. (¡Esto es sorprendente!)

GONZALO. (¡Las mismas palabras, las mismas frases!... ¡todo! ¡todo!) ¡Me voy quedando sin piernas!... ¡ay!... ¡Estoy anonadado!... (Se deja caer en un sillon.)

CASILDA. ¡Sea enhorabuena! Le haceis justicia; pero aun no he concluido: escuchad.—«He empezado á amaros en se»guida, y no parece sino que os he estado adorando »siempre.»

BRIGIDA. (¡Adorando siempre! ¡Tambien esto es lo mismo!...)

GONZALO. (Que ha seguido mirando su carta.) ¡Siempre igual!..

CASILDA. (Leyendo.) «Esta pasion...»

BRIGIDA. (Id) «No se extinguirá...»

GONZALO. (Id.) «¡Sino con mi existencia!...»

CASILDA. Justamente: lo habeis adivinado.

GONZALO. ¿Adivinado?...

BRIGIDA. (No parece sino que la una ha sido copiada de la otra; y sin embargo, el que ha escrito la una, no ha escrito la otra.)

GONZALO. Yo no acierto á volver en mí. ¡Yo creo que sueño! Pero, señor, ¿cómo es esto?...

CASILDA. Y bien: ¿qué me decis del estilo de don Cándido Mendoza?

GONZALO. ¿De don Cándido Mendoza? (Poniéndose de repente de pié.) ¿Está firmada por Mendoza?

CASILDA. Por don Cándido Mendoza, un jóven de veintiseis años.

BRIGIDA. (¡Veintiseis años!... ¡Entonces no es el mismo que me hizo la córte hace veinticinco! ¡ay!...)

GONZALO. (¡Mendoza... ¡El sobrino de don Juan Tenorio! ¡Yo tengo la copia de sus memorias, y él, el original!... ¡Estoy perdido!...)

CASILDA. Vamos, ahora leed vuestra carta.

GONZALO. ¡No, no, ya desisto, desisto... y desisto!... (Hace pedazos la carta.)

CASILDA. ¿Os declarais vencido!...

GONZALO. Lo que yo declaro es, que...

CASILDA. ¿Que renunciais á mi mano?...

GONZALO. ¡Quizás me veré obligado á ello!... Y sin embargo, cuando contemplo esos hermosos ojos; esas lindas manos; ese talle esbelto y flexible; cuando escucho esa voz tan dulce, que conmueve mi corazon, me parece imposible, que he de poder resignarme á tamaña desgracia... ¡oh! si, porque para mí seria una desgracia, tener que renunciar á vuestra mano; y yo que os hubiera amado tanto!... ¡Casilda!...

CASILDA. (Vamos, este no es como el otro, que escribe mejor que habla; este habla mejor que escribe.)

GONZALO. ¡Renunciar á vos!... ¿y por quién?... por don Cándido Mendoza, un hombre sin corazon, sin conciencia!...

CASILDA. ¿Qué significa?...

GONZALO. Un hombre que emplea para pintaros su amor, un estilo, que no es el suyo; frases copiadas de cartas del primero que le viene á las manos.

BRIGIDA. ¡Eh! ¡Cómo! ¿Qué decis?...

CASILDA. Brígida; ¿tú crees que eso pueda ser verdad?...

BRIGIDA. (Indignada.) Yo... pero... (Siendo iguales, eso quiere decir, que el otro tambien me escribia frases del primero que llegaba... ¡Y esto era á mí! ¡á mí!... ¡Oh, qué humillacion!...)

CASILDA. Explicaos, primo: yo lo deseo; yo lo exijo. (Cambia de tono.) Pero no es necesario: comprendo que el despecho, que los celos os hacen hablar asi.

GONZALO. ¡Los celos!... ¡Já, já! ¡Yo celoso! ¿Celoso yo?... (Cambia de tono.) Y bien, si: ¡estoy celoso!... Celoso como un tigre, como una pantera, pero enamorado como un tortolillo y fiel como un español. (Se arrodilla á los pies de Casilda.)

BRIGIDA. (Este es de la escuela del amable Policarpo.)

CASILDA. ¿Habeis olvidado lo que os he dicho?

GONZALO. No me rechaceis, prima mia.

CASILDA. Probadme desde luego, que no habeis calumniado...

GONZALO. ¿Á Mendoza?... (Levantándose.) Es muy fácil. Yo puedo recitaros todas las cartas que hasta ahora habeis recibido de él; y es mas, todas las que en adelante os pueda escribir.

CASILDA. ¡Ah! ¡Ya esto es demasiado!

BRIGIDA. ¿Qué libro mágico es ese? (Bajo á Gonzalo, al ver que saca las memorias.)

GONZALO. Ya lo sabreis despues. (Id.)

CASILDA. Vamos á ver: precisamente tengo aqui una carta, que me ha entregado hace poco, y que aun no he abierto. (La saca de su bolsillo.) Os desafio á que me digais su contenido.

GONZALO. ¿Su contenido? Enhorabuena... ¿Cuántas habeis recibido antes que esa?

CASILDA. Cuatro.

GONZALO. Es la quinta. (Hojeando el manuscrito.) «Número cinco.» Abrid, prima, vuestra carta.

CASILDA. (¡Su confianza me confunde!...)

GONZALO. ¿Estais pronta?

CASILDA. Estoy pronta. (Abre la carta.)

GONZALO. (Leyendo) «Antes de alejarme, le entregué la carta número cinco, diciéndole con voz conmovida: ¡es la última y mi suerte se decide!...»

CASILDA. ¡Es verdad!... ¡Él me ha dicho eso!...

BRIGIDA. Y á mí tambien... *in illo tempore.*

CASILDA. ¡Cómo!

BRIGIDA. No este, el otro. (La verdad es, que empiezo á comprender, que ese manuscrito contiene toda entera mi historia amorosa con el amable...)

CASILDA. ¿Qué significa?...

GONZALO. ¿Su historia?... (Á Casilda.) Pasemos á la carta.—«Ángel adorado...»—¿Está ahí asi?

CASILDA. Asi está.

GONZALO. (Leyendo.) «Mi vida está en tus manos...»

CASILDA. ¡Y eso tambien! (Toma el manuscrito de manos de Gonzalo y lo coteja con la carta.) ¡Es una copia exacta desde la primera á la última frase!... Pero, primo, ¿qué manuscrito es este?

GONZALO. Las memorias de don Juan Tenorio.

CASILDA. ¿De don Juan Tenorio?

BRIGIDA. ¡De don Juan Te...no...no... te... Tenorio! (Pasea con dignidad.) ¡Oh! yo he sido amada por don Juan Tenorio.

GONZALO. (¡Habráse visto semejante fenómeno!... (Á Casilda.) Si, de don Juan Tenorio. He tenido el culpable pensamiento de hacerme con un modelo para agradaros; pero mi corazon se ha sublevado, y me ha hecho desistir de tan indigna astucia; porque os amo .. porque os adoro... porque moriria, si... vos... si... yo... si... en fin...

CASILDA. Bien, bien, primo: ya nos ocuparemos despues de vuestros sentimientos.

GONZALO. Cuando gusteis; ¡pero que sea pronto, muy pronto!

CASILDA. Ahora dejadme revisar este manuscrito.

GONZALO. Revisadlo, hermosa primita.

CASILDA. (Despues de haberse fijado en él un momento.) ¡Si!... ¡Hé aqui trazada toda su conducta pasada!...

GONZALO. Y la venidera tambien: podeis leer...

BRIGIDA. Yo la conozco demasiado. . puedo dar razon... ¡ay!

CASILDA. (Leyendo.) «Esta carta será la última, y mi suerte se decide...»—¡Justo!... Son sus mismas palabras.

BRIGIDA. (Trémula.) ¡Exactamente; sus mismas palabras!...

CASILDA. «Cuando volví, la bella estaba á medio conquistar: sed mi esposo, exclamó por último...»

BRIGIDA. Es verdad: ¡asi exclamé yo!...

CASILDA. «Pero le hablé de mi ilustre familia, diciéndole, que se oponia á mi enlace, y fingiendo que me hallaba en el último grado de desesperacion, saqué la espada, la dirigí contra mi pecho, y con esto di fin á mi conquista. La bella la arrancó de mis manos...

BRIGIDA. Si, si, yo la arranqué...
CASILDA. (Continuando.) «Y cayó desvanecida en mis brazos.»
BRIGIDA. Justamente: yo cai desvanecida.
CASILDA. Está bien: ahora nos toca á nosotros dos, señor don Cándido. (Brígida, que mientras Casilda dice las anteriores palabras, se habrá dirigido hácia el foro, baja apresuradamente y dice.)
BRIGIDA. Él se acerca.
CASILDA. Pues dejadme sola con él.
GONZALO. ¿Sola?
BRIGIDA. Cuidado, señora, que yo tambien me quedé...
CASILDA. (Interrumpiéndola.) Vamos, vamos, ya he dicho que salgais...
GONZALO. (Amorosamente.) Con mucho gusto, prima mia. (Gonzalo y Brígida salen por la puerta de la derecha.)

ESCENA VIII.

CASILDA, CÁNDIDO, por el foro.

MUSICA.

CASILDA. (Ap.)
Ya que es preciso,
¿qué hemos de hacer?
desempeñemos
nuestro papel.
CANDIDO. (Desde la puerta del foro.)
(¡La encuentro sola!...
¡Pues esta vez,
firme, y á ella
hasta vencer!...)
¡Ejem! ¡Casilda!... (Tosiendo.)
¡Casilda! ¡Ejem!
CASILDA. (Se ha constipado.)
CANDIDO. ¡Ejem! ¡ejem!!...
CASILDA. (Muy expresiva.) ¡Ah! ¿sois vos, Cándido?...
(Cándido baja un poco y titubea sin saber cómo ha de empezar.)
CANDIDO. Beso sus pies.
CASILDA. Beso su mano.
CANDIDO. (¡Comienza bien!
Si las memorias

dicen verdad,
muy conmovida
la debo hallar.)

(Preparándose antes de hablar y con cierto embarazo.)

¡Bella Casilda!... ¡Casilda hermosa!...
como la rosa... bella y hermosa...
como la rosa... (¡Ya me perdí!...)

CASILDA. ¿En qué quedamos?

(Volviendo á empezar, y mediando el mismo juego de antes.)

¡Bella Casilda!
Casilda hermosa—como la rosa,
que nace á impulsos—del mes de abril:
decir podeis—á vuestro esclavo,
si habeis leido—de cabo á rabo
la carta aquella—que há poco os di?...

CASILDA. Si.

CANDIDO. (Muy contento.) ¿Si?... ¿De veras?

CASILDA. ¡Si!...

(Muy declamado y afectando mucho sentimiento.)

Sentidas frases—de amor sentido,
envuelve todo—su contenido...
carta mas bella—jamás leí...
y al fin y al cabo...—me enternecí.

(Con fingido rubor, y dirigiendo á hurtadillas una mirada amorosa á Cándido, el cual la sorprende.)

¡Con qué colores—me habeis pintado
el puro afecto—que os he inspirado!...
Una y mil veces—yo la leí...
y... al fin y al cabo...—me enterneci.

(El mismo juego de antes.)

CANDIDO. (Ap.) Sentidas frases—de amor sentido, (Imitándola.)
envuelve todo—su contenido!...
¡Si enternecerla—yo conseguí,
querido tio,—lo debo á tí!...
Y esos colores—con que he pintado
el puro afecto—que la he inspirado,
yo por mi parte—no los molí...
pero con ellos—la enternecí!...

(Con malicia. Acercándose á Casilda, y despues de mirarla muy fijamente con amorosa expresion.)

Y por último, Casilda,
¿cuál es vuestra decision?

CASILDA. (Resueltamente.) Hé aqui mi mano.
CANDIDO. (En el colmo de la alegria.) ¡Cielos!...
CASILDA. (Como antes)
¡Vuestro es mi corazon!...
CANDIDO. (Las memorias no han mentido,
imitemos á su autor.)
(Siempre aparentando mucha alegria.)
¡Vuestra mano!...
CASILDA. ¿Y bien?
CANDIDO. Casilda,
¿me otorgais la posesion
de esa joya inestimable?...
No es un sueño, ¡santo Dios!
¡os habeis al fin dignado
concederme tanto honor!...
á mí... que... que... que... que... que...
CASILDA. Y bien, ¿qué?...
CANDIDO. ¡Ay! Que... ¡qué sé yo!
(Tomando de pronto un aire triste, y con acento de dolor. Finge estar muy conmovido.)
CASILDA. (Acercándose á él con fingido cariñoso interés.)
¿Qué teneis?
CANDIDO. ¡Una familia,
que no sabe qué es amor!...
¡un obstáculo invencible,
para nuestra ansiada union!...
CASILDA. (Aterrada. Finge que la acomete un desmaye.)
¡Cielos!... ¡Ah!...
CANDIDO. ¿Se pone mala?
(Corre á su socorro. Casilda se deja caer, y la recibe en sus brazos.)
(¡Este golpe ha sido atroz!...)
(Con fingida desesperacion trágica.)
¡Parientes rígidos
nos hacen mártires,
siendo un obstáculo
á nuestra union!...
¡Un fin dramático,
tendrá, ¡oh carísima!
este volcánico
gigante amor!...
(Casi á las últimas frases, Casilda se incorpora. Crece su entu-

siasmo á medida que canta.)

CASILDA. ¡Sin duda, oh Cándido,
nos hacen mártires,
siendo un obstáculo
á nuestra union!...
¡Tan solo, ¡ay mísera!
me resta un tósigo,
que ponga término
á mi dolor!...

HABLADO.

CANDIDO. La oposicion de mi ilustre familia, hace imposible nuestro enlace, y si me viese precisado á renunciar á vuestro amor... ¡Casilda, eh, hum, eh! (Apretando los puños y haciendo gestos de desesperacion.)

CASILDA. ¡No hay esperanza. Dios mio! (Muy abatida. Se oculta el rostro entre las manos. Cándido continúa gesticulando. Gonzalo asoma la cabeza por la claraboya, y dice:)

GONZALO. (No he podido resistir por mas tiempo á la tentacion, y quiero ver lo que aqui pasa.)

CANDIDO. (Está á lo que venga, como la de las memorias.) (Mirándola á hurtadillas.)

GONZALO. ¡Demonio! ¿Está llorando?... ¡Justo! ¡Condenado! ¿la has hecho llorar?...

CANDIDO. ¡Vos apartais de mí vuestros ojos! ¡Ah! ¡Esto me hace comprender, que para mí no habrá esperanza!...

GONZALO. Ninguna.

CANDIDO. ¡Que no me queda mas recurso que la muerte!..

GONZALO. ¡Si, si, muérete! ¡muérete!...

CASILDA. ¡Morir! ¡vos! ¡vos! ¡Dios santo!

CANDIDO. Si, Casilda, si vos me rechazais, la vida no es para mí mas que una carga pesada, de la cual quiero deshacerme! (Tira de la espada.)

CASILDA. ¡Deteneos!

GONZALO. No te detengas, hombre, no te detengas.

CANDIDO. (¡Bravo! ¡Ella vá á arrojarse en mis brazos diciendo soy tuya!)

CASILDA. ¡Cándido!

CANDIDO. ¡Casilda! (Se quedan un momento mirándose el uno al otro muy fijamente.)

GONZALO. ¿Eh? ¿Qué es lo que ella vá á hacer?
CASILDA. ¡Mi resolucion está tomada!
CANDIDO. Entonces... (Abriendo los brazos.)
CASILDA. ¡Si!... puesto que no puedo ser vuestra esposa, nada nos separará en esta vida!...
CANDIDO. ¡Oh! ¡nada! ¡nada!
CASILDA. ¡Ni en la otra!
CANDIDO. ¿Ni... ni en la otra? No comprendo.
GONZALO. Ni yo tampoco.
CASILDA. Yo nunca seré vuestra... pero tampoco seré de nadie!... quedais así contento?...
CANDIDO. Permitid... á ver... á ver... ¿Vos no consentis en ser mia?... ¡Pues entonces la vida me es una carga pesada!... ¡La desesperacion se ha apoderado de mi alma!... ¡Ya no me resta mas que morir!... (Apoya el pomo de la espada contra el suelo, y se pone la punta contra el pecho.) ¡Adios, Casilda!
GONZALO. Adios, hijo, adios, que lo pases bien.
CASILDA. ¡Adios, Cándido!
CANDIDO. (¡Cómo! ¡Y no me detiene!...) ¿No me habeis oido, Casilda? (Vuelve á hacer el mismo juego con la espada.) ¡Ya no me resta mas que morir!...
CASILDA. Teneis razon, amigo mio, pero es preciso.
CANDIDO. ¿Qué es preciso?... ¿Cómo?... Vos quereis que yo...
CASILDA. (Tiernamente) ¡Si!...
CANDIDO. (Creciendo su asombro.) ¿Si?...
CASILDA. ¡Y yo os acompañaré hasta la tumba!...
CANDIDO. ¿Hasta la tumba?... ¡Permitid!... ¡permitid!...
GONZALO. ¿Qué tal te vá sabiendo?
CASILDA. ¡Ya lo veis: yo no detengo vuestra mano; no desvio vuestra espada!... ¡Vamos, estoy pronta á seguiros!
CANDIDO. ¡Conque vos estais pronta!... Es que yo... yo...
GONZALO. Tú eres el que no está pronto.
CASILDA. ¡Vuestra espada, tinta en sangre, no saldrá de vuestro seno, mas que para ser sumergida en el mio!... (Tranquilamente.) ¡Vamos, amigo mio, vamos!
CANDIDO. ¡Cómo! Tan pronto, y antes que vos...
CASILDA. Si, si, yo despues... vamos, vamos.
GONZALO. ¡Anda, perezoso!
CANDIDO. Y vos misma me invitais: pero, querida amiga... (Casilda toma de manos de Cándido la espada, y colocándola como antes la habia este colocado, dice.)

CASILDA. ¿En qué os deteneis?...

CANDIDO. Es que yo...

CASILDA. ¡Despues que estoy decidida á morir contigo!... (Hace el mismo juego con la espada, Cándido la separa, y al hacerlo se pincha un dedo; toma la espada y la coloca con la punta hácia abajo. Al tiempo de pincharse, exclama:)

CANDIDO. Ay!... Es que... yo... francamente, Casilda, no quiero morir.

CASILDA. ¡Justo!... Eso no está en las memorias.

CANDIDO. (Aparentando sorpresa.) ¿En qué memorias?

GONZALO. (Muy alto desde la claraboya.) En las de don Juan Tenorio.

CANDIDO. (¡Estoy cogido!)

CASILDA. ¡Cómo! ¿Habeis estado escuchando!

GONZALO. Perdonadme, prima, pero deseaba enterarme, y desde aqui lo he conseguido.

CASILDA. Venid, venid.

ESCENA IX.

DICHOS, BRÍGIDA, en seguida GONZALO.

BRIGIDA. (Bajo á Casilda.) ¿Y bien?

CASILDA. (Á Cándido.) Despues de la explicacion que entre los dos ha mediado, he resuelto dar mi mano... (Dirigiéndose á Gonzalo, que entra por la puerta derecha.) á mi primo Gonzalo Gonzalez y Gomez.

GONZALO. (Sin poder contener su alegria.) ¿Á mí?... ¡Cómo! ¿Vos me concedeis vuestra mano?.. (Á Brígida.) ¡Sostenme, vieja, sostenme!

BRIGIDA. ¡Vieja! (Mirándolo con mala cara y pasando al lado izquierdo de Casilda.)

CASILDA. No todas las mujeres sucumben con el número cinco. (Bajo á Brígida, que pasa á su lado.)

BRIGIDA. ¡Toma! ¡Si yo hubiera tenido las memorias!... (Ahora me viene con indirectas.)

CANDIDO. Me parece que estoy en el deber de retirarme.

CASILDA. ¿Por qué?

CANDIDO. Porque temo despertar los celos de...

GONZALO. Gonzalo Gonzalez y Gomez, para serviros... pero si es por eso, podeis quedaros...

CANDIDO. Hay algunas otras razones, que aunque leves...

GONZALO. ¡Ah! Entonces, yo respeto...

CÁNDIDO. ¡Adios!

GONZALO. ¡Adios! (D. Cándido saluda con una sonrisa afectada, y se retira con cierto aire de petulancia por la puerta del foro. Casilda y Brígida lo acompañan hasta cerca de la misma, desde donde le saludan. D. Gonzalo permanece quieto en su puesto, contemplándo esta escena muda, y dibujándose tambien en sus labios una ligera sonrisa.)

CASILDA. (Lanzando una carcajada.) ¡Qué escena tan chistosa! (Y yo que llegué á creer un momento...) Gracias, primo, por el ameno rato que me habeis proporcionado, y por haberme hecho conocer los verdaderos sentimientos de ese jóven.

GONZALO. ¿Tenia razon?

CASILDA. (Dándole una mano.) Esta es la prueba. (Gonzalo toma la mano y estampa en ella un beso.)

BRIGIDA. ¿Con que al fin y al cabo?...

GONZALO. Nos casamos.

BRIGIDA. (¡Ay!... ¡quién pudiera decir otro tanto!)

— —

MUSICA.

CASILDA. (Dirigiéndose al público.)

Quien de apariencias
llegue á fiarse,
ha de engañarse
mas de una vez.
¡Cómo el taimado,
cómo mentia!
¡Qué bien fingia
tierno interés!...

—

Este, si finge, (Por Gonzalo.)
asi se engaña;
mas no lo creo,
porque se casa,
y esta gran prueba,
á no dudar,
debe inspirarme
seguridad.

—

GONZALO. Pronto, bien mio,
pronto verás,
que amor te brinda
felicidad.

—

BRIGIDA. Pronto, mi ama,
pronto verá,
que amor le brinda
felicidad.

FIN DE LA ZARZUELA.

La representacion de esta zarzuela, ha sido autoriza-da por la censura en 11 de enero de 1862.

Teruel.	J. Soriano.
Toledo.	J. Hernandez.
Tolosa.	F. Artola
Toro.	A. Rodriguez Tejedor.
Torrevieja.	A. Vela.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu
Tuy.	M. Martinez de la Cruz.
Ubeda.	C. Treviño.
Valencia.	F. de P. Navarro.
Valdepeñas.	A. Garcia Fernandez.
Valladolid.	G. Hernainz.
Valls.	R. Voltas y Moragas.
Velez Málaga.	E. Casamayor.
Vich.	J. Soler.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villafrca. del Panades	M. Reguart.
Villafranca de los Barros.	J. Guerrero y Romero.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Villaro.	T. Astuy.
Villena.	J. Muñoz Ferris.
Vitoria.	S. Hidalgo.
Vivero.	F. Salgueiro.
Zafra.	A. Oquet.
Zamora.	M. Conde.
Zaragoza.	M. Diaz.

La Administracion se halla establecida en la calle de la Salud, número 15, cuarto 2.°, derecha.

CATALOGO

DE LAS OBRAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

ZARZUELAS (1).

DE UN ACTO.

Compromisos del no ver, M.
Donde las dan las toman, L. y M.
El estreno de una artista, L.
El Vizconde, M.
Estafeta de amor, L.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cabaña, L. M.
La peluca de mi tio, L.
Los dos ciegos, M.
Mentir á tiempo, L.
Peluquero y Marqués. L. y M.
Por conquista, M.
Un Caballero particular, M.
Una tempestad en América, L. y M.
Sinfonia concertante sobre motivos de zarzuelas para orquesta y banda, M.

DE DOS ACTOS.

Bethy, L. y M.
El Bachiller. M.
El Marqués de Caravaca, L. y M.
El robo de las Sabinas, M.
El tio Ganiyitas. L.
Entre mi mujer y el negro, M.
Todos locos, L. y M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Amar sin conocer. M.
Ardides y cuchilladas, L.
D. Crispin y la Comadre, L. y M.
D. Procópio, L. y M.
D. Quijote de la Mancha, M.
El diablo en el poder, M.
El hijo del Regimiento, L. y M.
El Planeta Venus, L.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El tio Pinini. L.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, L.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Genaro el Gondolero.
Jugar con fuego, L. y M.
La Cantinera de los Alpes, L. y
La Cisterna encantada, L.
La Espada de Bernardo, M.
La loca de Edimburgo, L. y M.
La Maga, L. y M.
La Sirena, L.
Los Diamantes de la Corona, M
Los Expósitos, L. y M.
Los Mosqueteros de la Reina, L.
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.
Un tesoro escondido, L. y M.

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Amores volcánicos.
Bodas ocultas.
Cada oveja con su pareja. (*Primera parte.*)
Cada oveja con su pareja. (*Seg. parte.*)
El Colmado del Puerto.
El suicida.
El Diamante negro.
¡La buena alhaja!
La esperanza de dos mundos, loa.
Pepita.
Plaza sitiada....
Sobrinos que dá el demonio.
Soleá la Trianera.
Suegra, marido y rival.
Una comedia mas.
Un hablador sempiterno.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

¡A escape!
Andujar.
Cada oveja con su pareja.
Deudas del corazon.
Deudas pagadas.
El Angel custodio.
El artista vale mas.
El ausente en el lugar.
El Médico de la aldea.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
Hija y madre.
Historia de una carta.
La aurora de la fortuna.
La bola de nieve.
La loca del Guadalquivir.
La locura de amor.
La Rica hembra.
La rosa y el pensamiento.
Las Biografias.
Las colegialas son colegiales.
Lo que se vé y lo que no se vé.
Los Hijos del pueblo.
Padre y Rey.
¿Para el corazon no hay ley?
¡Por ella!
¿Quién es él?
Una pecadora.
Virginia.

(1) De las obras que van marcadas con la inicial M, pertenece solo la música á esta Administracion, y las que van L y M, corresponden á la misma el libreto y la música.